

# El Doctor Rodolfo Oroz y su obra en la Filología Chilena

por

*César Bunster*

Cuando llegue el instante de valorar en definitiva los aportes culturales y espirituales que integran nuestra vida como pueblo, no podrá prescindirse de un capítulo consagrado a la filología chilena, a los estudios lingüísticos y a otras disciplinas vinculadas por un cercano parentesco. Ya en las últimas décadas del siglo XIX y aun a mediados de esta centuria, se insinúa el interés por esas investigaciones, a las cuales dedicaron su atención algunos espíritus cultos, que dieron a luz obras o ensayos de mérito, antecedentes de gran utilidad para búsquedas posteriores. Cupo a la Universidad de Chile, por el conducto de su Facultad de Filosofía y Educación, lograr los primeros frutos en el campo de aquella ciencia. Don Andrés Bello y los doctores Rodolfo Lenz y Federico Hanssen, fueron los primeros en contribuir, desde el ámbito universitario, cada uno en su tiempo, al prestigio filológico de Chile, con producciones dedicadas al examen científico de nuestro lenguaje, en sus aspectos gramaticales y lexicográficos. Pero es oportuno dejar constancia de un hecho que significó un retraso en la continuidad deseable para el progreso de la filología chilena. Fundado y puesto en marcha nuestro Instituto Pedagógico a fines del siglo pasado, se incorporaron, como es sabido, a su planta docente, ilustres catedrá-

ticos procedentes de las universidades alemanas, eruditos en sus respectivas especialidades y expertos en la investigación científica. Resistidos en un comienzo por algunos de los sectores de la enseñanza nacional, imbuidos de un exagerado espíritu nacionalista, consiguieron después imponerse por su jerarquía intelectual, que señaló nuevas direcciones al tratamiento científico y a los métodos aplicados a las ciencias cuyas lecciones impartían. Mas, he aquí la omisión o descuido en que incurrieron esas notabilidades contratadas por el gobierno de Chile: no se preocuparon de formar entre sus discípulos a quienes continuaran su obra de investigadores. No fueron más allá de la simple docencia; de manera que descuidaron formar en los sucesivos cursos de estudiantes que tuvieron en sus manos, a los elementos que continuaran por el cauce investigador la obra iniciada por algunos de ellos. Es el caso, por ejemplo, del eminente catedrático, Dr. Lenz.

Fue el que acabamos de señalar, a nuestro juicio, un factor que interrumpió por varios años, una labor filológica, iniciada en forma prometedora.

Con tales antecedentes, correspondió a don Rodolfo Oroz un importante papel. Incorporado al Pedagógico con posterioridad a aquellos sabios, contribuyó a revivir el interés por tales estudios, que ahora atraen a valores jóvenes que comienzan a destacarse. Desde sus cátedras, primero, y con sus publicaciones especializadas, después, ha contribuido en forma efectiva a inaugurar una tradición filológica nacional. Por su iniciativa, se fundó el Instituto de Filología, en 1935, dirigido por él, como una sección del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales de la Facultad de Educación, cuyo *Boletín* cuenta ya con muchos volúmenes. Suya fue también la idea de estimular las investigaciones folklóricas en el área del lenguaje, infundiéndole vitalidad al Instituto Ramón A. Laval, con la inteligente y erudita colaboración del Dr. Pino Saavedra, su Director.

Estas primeras noticias esquemáticas en que aludimos al Dr. Oroz, nos han sido sugeridas por su notable obra recientemente publicada *La lengua castellana en Chile*<sup>1</sup>, valiosísimo aporte, no sólo para la filología chilena, sino para la de todos los países de nuestra misma habla. El necesario conocimiento de nuestra cultura, exige difundir sus valores, darlos a conocer, sobre todo cuando, como en este caso, se trata de una personalidad que, por el carácter especializado de su ciencia, no tendrá tal vez el reconocimiento del lector corriente.

Formado en las severas tradiciones de la educación superior de Alemania, hizo estudios brillantes en el Gimnasio Real y en la Universidad de Leipzig, dedicándose a la literatura y a las especialidades de lenguas clásicas y modernas. Obtuvo sus diplomas en cuatro asignaturas. Se hizo fuerte en latín, en gramática histórica y española, en filología castellana y en la lengua inglesa. Con este acervo de conocimientos, se incorporó a la educación superior chilena, en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde, al poco tiempo de su llegada, se esforzó en reanudar una débil tradición filológica interrumpida y circunscrita, por entonces, de preferencia, a los problemas gramaticales y ortográficos.

Alguna vez el erudito filólogo escribió que "la lengua se renueva sin cesar, surge y retoña como el árbol con siempre nuevos impulsos generadores". Y ha sido este pensamiento suyo el que al parecer ha inspirado todo su trabajo de maestro e investigador en la zona de nuestro lenguaje. Por lo menos cuarenta años de labor ininterrumpida representa su aporte a la ciencia filológica chilena. Más de un centenar de obras —libros-ensayos, artículos, reseñas—, sobre temas de su especialidad, figuran en su producción de publicista. Sorprende la variedad de sus escritos, que le han merecido un renombre internacional.

<sup>1</sup>Rodolfo Oroz. *La lengua castellana en Chile*. Facultad de Filosofía y Educación. Universidad de Chile. Instituto de Filología. Santiago de Chile. Editorial Universitaria, 1966. 541 páginas.

Si no fuera por la limitada extensión de estas líneas, sería del caso detallar su abundante y variado aporte a la filología chilena y latinoamericana, muy raras veces divulgado. Preferentemente alrededor de nuestra lengua y sobre las modalidades de nuestra habla, han operado su sagacidad y sabiduría, si bien su inquietud investigadora lo lleva otras veces a alternar esta preferencia con el estudio de textos literarios o a esclarecer problemas docentes. Recordemos por lo menos su impecable y valiosísima edición crítica de *El Vasauro* de Pedro de Oña, editado con nutridas notas, por primera vez, según el manuscrito que se conserva en el Museo Bibliográfico de la Biblioteca Nacional. Mencionemos también, ya en otra esfera, su magnífica edición bilingüe de la *Historia de Apolonio de Tiro*, de muy amena y provechosa lectura. Tampoco deben dejar de citarse sus textos auxiliares para la enseñanza del Latín, como su *Gramática Latina*, y su *Diccionario de bolsillo Español-Inglés e Inglés-Español*, y luego su *Nuevo diccionario de la lengua castellana*. Pero donde mejor se comprueba la amplia variedad de sus intereses científicos, es en la revisión de sus numerosos ensayos y artículos sobre tópicos lingüísticos, fonéticos, semánticos, etimológicos, lexicográficos, etc. Y tal variedad se comprueba con sólo mencionar al azar los títulos de algunos de ellos, como ser: "A propósito de los nombres gentilicios chilenos"; "Teorías y curiosidades sobre el origen del lenguaje"; "Los animales en el Cantar del Mio Cid"; "El uso metafórico en nombres de animales en el lenguaje familiar y vulgar chileno"; "Andrés Bello como filólogo"; "El castellano de nuestros deportistas"; "José Toribio Medina y su afición a la lingüística y a la Filología"; "El carácter de las universidades alemanas"; "Teorías y curiosidades relativas al origen del lenguaje. Algunos capítulos interesantes de la vida de las palabras"; "Las causas en los cambios de significación"; "Metáforas relativas a las partes del cuerpo humano"; "La carreta sureña chilena"; "Reminiscencias virgilianas en Pedro de Oña"; "La enseñanza de la

filosofía en nuestros días"; "Las bases filosóficas de la pintura moderna"; "El español en Chile", etc.

Seguramente sus prolíficas publicaciones relativas al estudio científico de nuestra lengua y a las manifestaciones del espíritu a que ella sirve de medio de expresión, han sido los antecedentes o anticipos de la gran obra que el Dr. Oroz ha dado recientemente a luz sobre *La lengua castellana en Chile*. Poniendo en ejercicio sus reconocidas dotes de investigador, fue formando así un precioso acopio de elementos útiles para su estudio, sólida base para componer este libro fundamental sobre el lenguaje usado por los chilenos, en cuyas páginas, además de su contenido científico, merece ser señalada de paso la agudeza psicológica, a menudo risueña del autor, al esclarecer ciertos problemas y sobre todo al presentar giros o voces del habla popular. Un abundante material recogido por él mismo, y otro coleccionado en todo el país con instrucciones suyas por colaboradores que realizaron una cuidadosa encuesta, fueron, a no dudarlo, el punto de partida en la elaboración de este denso libro que ofrece una viva fisonomía de nuestro lenguaje usual. Al recorrer cuidadosamente sus páginas, se vislumbra con claridad el inmenso proceso preliminar, metódico y científico. Debí someter a un estricto examen aquel núcleo de informaciones, organizarlas, infundiéndoles una estructura de conjunto, dedicando a cada voz o giro, cuando era necesario, la observación precisa o el comentario técnico. Y el autor salió airoso de la difícil empresa, a la cual dedicó la atención de muchos años. Es el suyo un edificante ejemplo del hombre de ciencia que ama su oficio y que lo ejerce con amor y talento. Animador casi único de la filología chilena en el espacio de muchos lustros en este siglo, nos ha entregado esta vez un fruto definitivo en su género, resultado de un infatigable laborar sin pausa. Con este aporte filológico extraordinario, el Dr. Oroz reafirma la inclusión de su nombre entre los más sobresalientes investigadores que se han preocupado de las modalidades de la lengua española y de sus formas dialectales: Rufino

José Cuervo, Rodolfo Lenz, Federico Hanssen, Tomás Navarro, Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Angel Rosemblat, y varios otros de alta valía. En lo que toca a Chile, su libro representa el primer gran esfuerzo para abordar el estudio de nuestra habla en un cuerpo metódicamente organizado. Todo su novedoso material origina un especial motivo de interés, aun para ciertos espíritus cultos, con frecuencia poco adictos a sesudas disquisiciones filológicas.

El caudaloso material de *La lengua castellana en Chile* se distribuye en pocos capítulos: 1. Prólogo; 2. Introducción; 3. Fonética; 4. Morfología; 5. Sintaxis; 6. Vocabulario; 7. Apéndices; 8. Bibliografía; 9. Índice de palabras; 10. Índice de materias.

Todos los fenómenos o particularidades de la expresión idiomática nacional que el filólogo registra y somete a examen, se distribuyen o desarrollan, respectivamente, bajo dichos enunciados, los que, por ser tan numerosos, sería extenso detallar aquí, en su totalidad. Vocalismo, consonantismo, variantes referentes a la estructura de las categorías gramaticales, novedades sintácticas y modalidades típicas del léxico, etc., invitan a una lectura atenta y de considerable interés para el especialista.

Más de ochenta páginas del texto ocupa el Vocabulario, con un material riquísimo y variado, recogido de primera mano, vocabulario que el autor reconoce pobre en el hablante chileno, cuyo léxico, observa, como el de Hispanoamérica, en general, consta de tres elementos lingüísticos fundamentales: a) el español o aporte de los colonos peninsulares; b) el aborígen o aporte de los habitantes indígenas, y c) el extranjero o aporte no hispánico de diversas naciones. Sobre esta base, cataloga y clasifica centenares de voces de frecuente uso en las múltiples actividades de la vida social, sin excluir, por cierto, la deportiva, en la que ha comprobado el uso de numerosos anglicismos, sobre todo en lo relativo al fútbol, deporte en el cual se va desarrollando un lenguaje acreedor a un estudio verdaderamente pintoresco. ¿Cómo no ha de ser novedoso

lo que, de paso, reproducimos en seguida, tomado de la transmisión radial de un partido, a cargo de un "locutor"? "El delantero central se engolosina con el esférico; viborea con él cerca del guardapalos contrario. En acción centelleante, acolchona el balón, y se acerca a la puerta contraria. Hay perfume de gol... pero un jugador contrario le quita la redonda con mucha prosapia...".

Siguen en el grueso volumen los apéndices, de cuyo interés hablan por sí solos los títulos de su contenido: "Nombres del dinero en la lengua popular"; "Sinónimos y expresiones figuradas"; "Formas corrientes de iniciar el diálogo"; "Fraseología popular chilena"; "Dichos populares", etc.

La Bibliografía registra más de doscientas obras fundamentales, preciosa fuente de consulta para quienes piensen dedicarse a la ciencia filológica. Agrega a ella una documentación literaria, en la que aparecen obras de escritores chilenos, expertos en el conocimiento del lenguaje popular, empleado en sus producciones: Antonio Acevedo Hernández, Marta Brunet, Francisco Coloane, Mariano Latorre, Luis Durand, Ernesto Montenegro, Nicomedes Guzmán, Rubén Azócar, el Dr. Pino Saavedra.

El libro contiene, además, un importantísimo índice de palabras —unas cuatro mil—, de uso frecuente en Chile.

Todavía hay que agregar a aquella documentación literaria, algunos periódicos: "Clarín"; "El Diario Ilustrado"; "El Mercurio"; "Las Últimas Noticias". Varios mapas lingüísticos ayudan a orientar al lector.

Con toda esta acumulación de elementos científicos, tratados con ejemplar maestría, el autor nos pone en contacto con el conjunto del habla chilena en sus diversos aspectos, como ser, el idioma común y el lenguaje campesino, señalando los variados influjos que en ella se han dejado sentir, ilustrados con centenares de ejemplos, captados del examen directo de nuestra expresión hablada.

Es frecuente en un sabio estar insatisfecho de la obra realizada, y nuestro autor no es una excepción a este sentir. Tiene él la conciencia de haber entregado con esta obra reciente sólo una contribución incompleta a una empresa científica de vastos alcances, que abarque, además, desde otros puntos de vista, el análisis total de nuestro lenguaje, del repertorio de voces y giros de la lengua que se usan en nuestro país. Ya advierte en el prólogo que su estudio pretende señalar los rasgos esenciales del habla castellana, que su "descripción" del castellano en Chile intenta "reflejar de la manera más fiel la fisonomía de nuestra lengua actual o contemporánea". Es indudable que ha logrado con creces sus propósitos, al punto que es necesario repetir que su reciente libro, del cual informamos en forma somera, es una contribución extraordinaria a la filología nacional, de la cual ha sido un incansable animador. Es de estricta justicia insistir en que la "descripción" que su macizo libro contiene, es de tal calidad, acredita tanta erudición en el difícil tema, que debe considerársela como lo más completo que se ha producido últimamente en la filología hispanoamericana. Su alto nivel científico va todavía más allá de lo simplemente descriptivo. En su libro hay mucho más que eso, como lo descubrirán sin esfuerzo los especialistas. El eminente filólogo ha elaborado con criterio unitario un conjunto perfectamente homogéneo sobre un extenso tema, que no se deja abarcar sin una sólida preparación. Con una infinidad de elementos dispersos estructuró un cuerpo fundamental sobre el lenguaje usado en Chile. Y hay algo más. Ha seguido paso a paso, guiado por su reflexivo temperamento, la vida de nuestro idioma, el que, como ocurre a todas las lenguas, se desarrolla o evoluciona entre mil acechanzas en la hora actual. Y en este prolijo trabajo, no sólo se preocupó de describir. Fue más lejos. Su sagacidad le permitió captar nuevos hallazgos, y los puso de relieve, de tal suerte, que en sus largos contactos científicos con nuestro lenguaje, empezó a dar forma a un profundo ensayo que va más allá



de lo simplemente descriptivo y que comienza a penetrar en el alma misma del idioma.

El Dr. Oroz ha señalado un camino que conduce a nuevas exploraciones científicas de otros sectores de nuestra habla. Sin duda, discípulos suyos se incorporarán a su labor investigadora, emprendiéndola desde otros ángulos, hasta penetrar a fondo en los recursos de nuestro idioma, que contribuirán al conocimiento de la psicología del hombre chileno, exteriorizada con rasgos de sumo interés en su lenguaje. Distinguidos alumnos suyos ya se han incorporado brillantemente a su investigación filológica, orientándola, de preferencia, al estudio de la lengua hablada en Chile. Los catedráticos Ambrosio Rabanales, Guillermo Araya, Gastón Carrillo, Mario Ferruccio, entre otros, ya están realizando una prometedora labor filológica, impartida desde sus respectivas cátedras y en publicaciones especializadas.

Labor tan extensa y de tan considerable magnitud, realizada en la filología chilena, a la que el Dr. Rodolfo Oroz entregó toda su vida con una impresionante modestia, ha operado el milagro de traer consigo, además de su excepcional prestigio científico, el general reconocimiento a sus trabajos en las esferas intelectuales y universitarias, dentro y fuera de Chile, por su largo y brillante examen de nuestra lengua, patrimonio común a los numerosos pueblos que la hablan. Su laboriosa existencia ha sido premiada con honores y distinciones, en reconocimiento a su personalidad de alta jerarquía. Director del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en otro tiempo; Jefe del Departamento de Lenguas Románicas; Presidente de la Academia Chilena de la Lengua; Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile; Presidente del Instituto Chileno, que coordina y estimula todas nuestras actividades científicas; Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación; Director de la Escuela de Postgraduados; socio honorario de numerosas academias extranjeras; objeto, en fin, de un homenaje de sus ex discípulos en un número extra-

ordinario del *Boletín de Filología*, con ocasión de cumplir sus sesenta años de edad, ha debido gustar la íntima y justificada satisfacción de quien ve reconocido un largo pasado que dedicó por entero a la ciencia, coronada todavía con la feliz culminación reciente, que asignó el Premio Científico "Atenea" de la Universidad de Concepción, a su gran obra, *La lengua castellana en Chile*; y quien, por lo demás, ha demostrado siempre, en donde quiera que actúe, su buen criterio, su afabilidad, su corazón abierto, su condición de hombre limpio de espíritu.

